

China: El congreso del Partido Comunista y su dimensión internacional

Pierre Rousset

■ “América primero”. El relativo repliegue de Donald Trump en los compromisos internacionales de Washington permite a Xi Jinping postularse como sucesor en el liderazgo de la globalización capitalista. El XIX Congreso del PCCh adoptó de forma solemne una hoja de ruta orientada a garantizar la preeminencia de China en el mundo. Sin embargo, está lejos de ello.

¿Condujo la transición pos-Mao impulsada por Den Xiaoping en los años 1980 al nacimiento de una nueva potencia capitalista? El estatus internacional de China ha cambiado radicalmente. Ha dado un gran salto adelante. Se ha convertido:

- En la segunda economía mundial (según ciertas fórmulas de cálculo, la primera).
- En el centro de intercambios comerciales de mercancías más importante.
- En el segundo país más importante en volumen de inversiones directas en el extranjero (IDE) recibidas, siendo también el quinto que más IDE realiza en el extranjero.
- En el país que posee la más importante reserva de divisas.
- En el país que más bonos del Tesoro de EE UU posee.
- En el mayor consumidor de energía y en el mayor contaminador en términos absolutos.
- En el país con el mayor número de millonarios y multimillonarios.

En el año 2015, la exportación de capitales superó las importaciones. Las transnacionales instaladas en China se benefician de este saldo positivo, pero una gran parte de estas exportaciones proviene de hecho de consorcios controlados por el Estado, que guarda el control de los sectores considerados como estratégicos.

La influencia económica, diplomática y política de China es superior a la de la Unión Europea; teje una red para el control de recursos y de vías de comunicación (de las que es dependiente en función de su enor-

1. EL DESORDEN GLOBAL

me necesidad de importar alimentos, minerales...); desarrolla un despliegue militar internacional y actualmente está presente en todos los sectores económicos que hasta ahora estaban reservados a las grandes potencias: desde el aeroespacial al nuclear.

Por supuesto, Estados Unidos continúa siendo la única superpotencia. No hay punto de comparación entre la capacidad militar de EE UU y la de China. La dependencia china en lo que respecta a la tecnología punta producida en EE UU continúa siendo determinante. Es cierto que Pekín se ha planteado como objetivo desembarazarse de esta dependencia, pero resulta difícil medir los progresos realizados en materia de innovación.

Con todo, actualmente Washington es incapaz de asumir de forma eficaz su papel de superpotencia, lo que permite que potencias secundarias, incluso regionales, puedan defender sus propios intereses.

Multipolaridad asimétrica

Con el fin de la confrontación Este-Oeste y la globalización neoliberal, el planeta entró en una era de inestabilidad crónica que se manifiesta de forma múltiple: movimiento errático de capitales y crisis financiera, crisis ecológica global (cambio climático), escasez de recursos y multiplicación de conflictos por su control, guerras sin salidas claras, desintegración del tejido social de un número creciente de países, crisis de legitimidad de la gobernanza capitalista...

Estados Unidos no puede responder por sí solo a esta inestabilidad crónica y al mismo tiempo no tiene aliados en quienes apoyarse para ello. La construcción de la Unión Europea está en vía muerta en lo que respecta a una “Europa potencia” y como “espacio mercantil”. A nivel internacional destaca fundamentalmente por su marginalidad e impotencia. Japón representa para EE UU una opción más seria, pero en Asia del nordeste solo lo puede ser a condición de que el gobierno de Abe logre imponer la remilitarización completa a una población refractaria a la misma.

Washington no puede, ni mucho menos, asumir de forma eficaz su papel de gendarme internacional en la medida que la globalización neoliberal debilita el rol estabilizador que podía ejercer antaño la intervención del Estado. Se le exige garantizar la casi total libertad de movimiento de capitales lograda tras la implosión de la URSS, pero no estabilizar países, sean amigos o regiones en crisis. En efecto, estos dos objetivos son contradictorios: cualquier política de estabilización exige reducir los efectos desestabilizadores del movimiento salvaje de capitales. El capital globalizado no tiene como proyecto fundamental asociarse a los Estados, como ocurrió en el pasado durante la creación de los imperios coloniales, la reconstrucción oeste-europea frente a la URSS o para la protección de zonas de influencia durante la llamada Guerra Fría (que en Asia era ardiente).

El Estado militarmente más poderoso del planeta no dispone de la libertad política necesaria para consolidar sus victorias cooptando las élites locales; es una de las razones por las que pierde guerras que en principio se habían anunciado como victoriosas.

En estas condiciones, Washington ha sido incapaz de cortar de raíz el despegue de la nueva potencia china. Durante años Barak Obama anunció que el *centro* de la política estadounidense se desplazaría al Pacífico-asiático, pero no lo logró porque estaba empantanado en otros teatros de operaciones (empezando por Oriente Medio). Donald Trump ha comenzado por desembarazarse del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP, en inglés) dejando el terreno libre a Pekín, antes de retomar (con cierto éxito) la ofensiva en torno a la cuestión coreana, si bien por el momento solo en el terreno (político) militar.

El mundo se ha convertido en multipolar. Seguramente asimétrico, porque Estados Unidos sigue siendo, de lejos, la superpotencia; pero, en todo caso, multipolar. China se impone como la potencia ascendente frente a EE UU. Y este conflicto estructura ahora mismo la situación mundial.

La globalización capitalista ha borrado parcialmente las fronteras entre las zonas de influencia de antaño. Dados los límites de la superpotencia estadounidense, las dificultades de la UE y la rivalidad EE UU-China, Rusia ha podido recuperar la iniciativa en su entorno más próximo; sobre todo, en el este europeo y Siria. También varias potencias regionales (y sus transnacionales) actúan por cuenta propia: de Egipto a la India, de Arabia Saudí a África del Sur y de Irán a Japón.

La transición capitalista en China fue ideada (para su propio beneficio) e impulsada por la cúpula burocrática. Pekín ha sido capaz de proyectarse en el ámbito internacional “al viejo estilo”: el Estado y el capital (sobre todo el capital controlado por la burocracia) trabajan juntos. Como antaño lo hicieron los imperialismos tradicionales, más que la *rentabilidad* de las inversiones a corto plazo, lo que ha determinado la política expansiva de la dirección china es la ambición estratégica.

¿China es ya un imperialismo en vía de consolidación o un imperialismo en constitución? Siendo la segunda potencia mundial, me inclino más por la primera respuesta, pero no es lo más importante. China tiene objetivos y prácticas imperialistas. El primer reto fue tomar el control y a partir de ahí sentar las bases para constituirse como una potencia duradera. El control de las comunicaciones, con la compra de puertos y de compañías marítimas, de aeropuertos... El control de recursos alimentarios y minerales, con la compra masiva de tierras y minas... El control tecnológico, con la compra de empresas punta, sobre todo en Europa. O también el control de instituciones financieras multilaterales a través de la vía más simple: creando las suyas propias y logrando asociar a ellas, para disgusto de Washington, incluso a determinados Estados europeos. Es el caso del Banco Asiático de Inver-

1. EL DESORDEN GLOBAL

siones en Infraestructuras (AAIB), que compite con el Banco Asiático de Desarrollo (BASD).

China se construye como potencia alternativa –a la antigua–, pero integrándose en el mercado mundial tal como existe: se adhirió a la OMC bajo condiciones estrictas. Después, el FMI ha integrado el yuan en la lista de divisas de referencia (incluso antes de que cumpliera todos los requisitos). Es decir, la dirección china no construye una alternativa al orden imperante sino una alternativa en su seno. En sentido inverso, la influencia de este orden imperante repercute en el interior del régimen y podría desembocar en una verdadera crisis de gobernanza en el futuro.

La principal ventaja de la China pos-Mao fue la capacidad de Deng Xiaoping de constituir una dirección colectiva capaz de llevar a cabo la

“China se construye como potencia alternativa –a la antigua–, pero integrándose en el mercado mundial tal como existe”

transición al capitalismo. En el centro de la misma, la burguesía burocrática. A través de relaciones familiares, esta burguesía burocrática está vinculada a la gran burguesía privada, lo que garantiza el equilibrio del conjunto. Ahora bien, el “sentido de Estado” no permitió resistir a la tentación. Actualmente la corrupción es omnipresente, convirtiéndose en una componente orgánica

del sistema. Los descendientes de los altos dirigentes trasladan discretamente sus fortunas a los paraísos fiscales. Personalidades del régimen envían a sus familias a establecerse con sus bienes en el extranjero (Estados Unidos, Canadá...); familias de las que algunos de sus miembros adquieren la nacionalidad extranjera. Las inversiones realizadas por consorcios chinos en Occidente se utilizarán para organizar la fuga de capitales a gran escala, hasta el punto de que Pekín decidió poner freno a la compra de empresas en varios países.

Cambio de régimen

Es en este contexto en el que se ha desarrollado el XIX Congreso del PCCh. Un congreso que ha catapultado el ascenso de Xin Jinping al poder y ha avalado un cambio de régimen. Tras la aparente continuidad de las instituciones, el sistema de partido único puede conocer una transformación radical de sus fundamentos sociales (como entre el período maoísta y el iniciado por las reformas de Deng Xiaoping), o simplemente una modificación cualitativa en su forma de funcionar. Modificaciones que analizamos habitualmente en los Estados occidentales, pero que lo hacemos menos cuando se trata de poderes llamados poscomunistas.

Durante mucho tiempo, en China han cohabitado tres formas de gobernanza: la del partido, la del gobierno y la del ejército (con un peso económico importante). Además está el poder oculto de los servicios secretos. Esta combinación dotaba al régimen de cierta flexibilidad y ampliaba su capacidad para dar cabida a distintos sectores de la burocracia. El PCCh contaba con el monopolio del poder político en el corazón del Estado, pero en un país tan gigantesco la globalidad del poder es más compleja. La aplicación de las orientaciones puede variar significativamente en función de la relación de fuerzas regionales o locales en el seno del partido. Las resistencias democráticas y sociales pueden encontrar espacios de expresión gracias a las fisuras en el monolitismo o gracias a las divergencias en el seno de los órganos de dirección hasta en el más alto nivel.

Xi Jinping y los apoyos con los que cuenta tratan de cerrar esos espacios, echar el candado, para hacer del partido la autoridad de control “hasta en los pueblos más remotos”, imponiendo en su seno una dirección que no comparta ninguna fracción ni nuevas generaciones.

“... en China han cohabitado tres formas de gobernanza: la del partido, la del gobierno y la del ejército”

El poder en el partido está concentrado en el comité permanente del Comité Central, que consta de siete miembros (el buró político tiene 25 y el CC está compuesto por 207 miembros).

Actualmente, estos siete miembros son todos hombres nacidos en los años 50. Tienen entre 60 y 67 años y pertenecen a la quinta generación de cuadros. A diferencia de lo que es habitual, no integra ningún representante de la próxima generación; no se plantea la sucesión. Si se respetan las reglas en vigor, aún resulta más chocante que en el congreso de 2022 solo se podrán renovar tres miembros de este comité, lo que le viene bien a Xi Jinping y a quienes le apoyan.

La fracción de Xi Jinping era minoritaria en la dirección de partido y logró imponerse aprovechando los conflictos que enfrentaban a otras camarillas y que provocaron la eliminación de poderosos rivales como Bo Xilai, antiguo jefe de la región de Chongaug “caído” en 2012. Para legitimar su control, Xi ha fabricado una verdadera mística. Introdujo una noción feudal, el “linaje rojo” (Au Loong, <http://www.vientosur.info/spip.php?article13146>): el poder solo correspondería a los descendientes de los máximos dirigentes históricos, descartando de ese modo a los cuadros de origen modesto. Desde hace treinta años, los miembros de esta *generación* han acumulado un poder político y económico inmenso. Para consolidar y perpetuar su posición utilizan, de común acuerdo y por encima de sus divergencias políticas, la referencia al linaje.

1. EL DESORDEN GLOBAL

Xi lo hace sin cortarse un pelo. La prensa hace referencia a sus “inatos genes rojos” y, tres meses antes del congreso, le comenzó a definir como el “núcleo central del partido”. El congreso le ha equiparado a Mao y a Deng, inscribiendo su *pensamiento* en los anales del partido; un honor que Deng Xiaoping solo lo adquirió una vez muerto. Todo ello le garantiza una preeminencia ideológica sin parangón desde los años 1980.

El congreso dotó al partido de un poder absoluto sobre la sociedad. La dirección política reafirma su control de la militar. En lo que respecta al primer ministro, que encarna al gobierno, ha perdido lo fundamental de su autoridad. Es verdad que Xi Jinping tiene que arreglárselas con fracciones del partido todavía poderosas, pero consolida su legitimidad jugando a fondo la carta del nacionalismo de gran potencia.

Ahora bien, ¿cómo garantizar el monopolio del poder de un equipo de dirección política replegado sobre sí mismo en un partido que cuenta con 89 millones de adherentes, en un país gigantesco y con una fuerte diversidad regional? Los desacuerdos volverán a emerger una y otra vez y habrá que cortarlos de raíz. Igualmente es necesario prevenir cualquier organización autónoma permanente en una sociedad en plena evolución. Una huida hacia delante represiva.

De ese modo, la dirección china se va a ver confrontada a una gran contradicción. Ha de ser inflexible. Ha construido su supremacía reprimiendo y silenciando todo tipo de potenciales focos de autonomía política o social. Si suelta lastre abrirá la caja de pandora revanchista. Pero se va a ver confrontada a fermentos de crisis (crisis de la deuda, de superproducción...) que exigen una gobernanza flexible en el ámbito económico y, también, social: la población no puede soportar el control que ejerce el partido más que si se le garantiza estabilidad y aumento del nivel de vida. Lo mismo ocurre a nivel internacional. Pekín tiene que encontrar la forma de recuperar la iniciativa en el Pacífico norte, donde la hegemonía de EE UU se consolida en medio de la crisis coreana.

Muy rígido, el sistema de gobernanza impuesto por Xi Jinping y quienes le apoyan va a convertirse en un factor de crisis.

Geopolítica de la crisis en Asia oriental

Asistimos a un cambio parcial de la situación en Asia oriental, una de las zonas más militarizadas del planeta y cuya particularidad es que enfrenta a las grandes potencias, comenzando por China y Estados Unidos.

Xi Jinping optó por un giro ofensivo en esta región, en la que la dirección china reivindica la soberanía sobre la casi totalidad del Mar de China frente a los derechos del resto de los países ribereños, y Xi ha tomado medidas que nunca antes se habían adoptado.

La ocupación de siete arrecifes del archipiélago Spratley comenzó en las décadas 80-90, instalando estaciones meteorológicas y oceanográficas. Cuatro de ellas estaban en aguas internacionales y tres en

la zona económica exclusiva de Filipinas. En 2013, bajo el mandato de Xi Jinping, se construyeron islas artificiales sobre esos arrecifes. Se militarizó el espacio marítimo construyendo cuarteles, barracones, fortificaciones, pistas de aterrizaje, e instalando cañones antiaéreos, lanzamisiles, drones, depósitos de municiones y de carburante, flotilla guardacostas...

Estas instalaciones, a veces en el subsuelo, están dispuestas de forma que cubren toda la zona y protegen las vías de acceso. Patrullas aéreas sobrevuelan la zona, la marina china siempre anda cerca, mientras la base de submarinos nucleares lanzatorpedos está en la vecina isla-provincia de Hainan.

El año pasado, en los arrecifes de Subi, Mischief y Fierry Cross se construyeron tres pistas de aterrizaje operativas con capacidad para acoger 24 aviones de caza cada una; es decir, un total de 72. Para Wang Peng, de la Universidad de Fudan (Shangai), se trata de “un mensaje de advertencia a Donald Trump” que en un reciente tuit había denunciado el *complejo militar* chino en el Mar de China del sur, donde China y los países ribereños de Asia del sudeste están en conflicto por el territorio. Las islas le permitirán a China “controlar el Mar de China del sur en su totalidad, disuadir a los países hostiles y desarrollar sus ejercicios militares” (Brice Pedroletti, *Le Monde* de 16/12/2016 : http://www.lemonde.fr/asie-pacifique/article/2016/12/16/pekin-justifie-la-militarisation-de-l-archipel-des-spratleys_5050023_3216.html).

El 12 de julio de 2016, el gobierno del presidente Aquino III de Filipinas interpuso recurso ante el Tribunal Permanente de Arbitraje de La Haya, que concluyó que la reivindicación por parte de Pekín de lo fundamental del Mar de China meridional no tenía “ninguna base jurídica” y que sus actividades en la zona violaban los derechos soberanos de Filipinas.

Divina sorpresa para China, el nuevo presidente Rodrigo Duterte no quiso acogerse a esta sentencia para poner en cuestión la ocupación del arrecife de Scarborough: de forma espectacular, tomando distancias con Washington, Duterte buscaba el apoyo de su gran vecino para lograr –fundamentalmente– importantes inversiones.

Para la dirección china, Rodrigo Duterte constituye una bendición. En efecto, el archipiélago filipino representa una pieza clave del dispositivo estadounidense en el Mar de China del sur. Ningún país de la región ha mantenido lazos históricos –en el terreno económico o militar– tan estrechos con Estados Unidos como Filipinas, su antigua colonia. La ruptura a medio camino entre Duterte y Obama quebró el frente que podían haber opuesto los países ribereños a China en base a la resolución de La Haya.

La influencia política y económica de China en Asia del sureste se ha reforzado y su modelo de desarrollo capitalista autoritario es del agrado de las clases dirigentes de la región.

1. EL DESORDEN GLOBAL

Mientras la hegemonía china se reforzaba en el Mar de China del sur, Xi Jinping impulsó una política muy agresiva en Asia del nordeste, respondiendo de ese modo a la *nacionalización* por parte de Tokio (una provocación de su primer ministro Abe Shinzo) del microarchipiélago inhabitado de las islas Senkaku (Diaoyu en chino). La aviación y la marina chinas se han introducido regularmente en la zona considerada japonesa. Incluso en noviembre de 2013, Pekín decretó que el espacio aéreo chino se ampliaba a las islas en cuestión. De ese modo, la dirección china ponía a prueba la determinación de Washington, que durante varios años no tuvo reacciones decisivas.

La reacción llegó tras la elección de Donald Trump con ocasión del pulso que mantiene con Kim Jong-un. Estados Unidos ha recuperado la ofensiva en el nordeste de la región y ha marcado puntos importantes gracias a la amplitud de los medios militares movilizados.

Corea del Sur. En las elecciones surcoreanas del 9 de mayo de 2017, Trump sufrió un grave revés. Después de que una remarcable movilización ciudadana lograra tumbar al gobierno de la derecha dura, el nuevo presidente electo, Moon Jae-in, abogó por el inicio de un diálogo con Pyongyang. Se encontró con un desprecio total por parte de Kim Jong-un, lo que devaluó totalmente su iniciativa diplomática. En estas condiciones, y frente a la espiral de las provocaciones y contra-provocaciones nucleares y militares de Kim y Trump, ha vuelto al carril.

Japón. La derecha militarista en el poder quiere poner fin, de una vez por todas, a la cláusula pacifista de la Constitución, pero la mayoría de la población se opone a esta revisión. Aprovechando la ocasión del conflicto coreano, el primer ministro Abe Shinzo provocó elecciones anticipadas para garantizar su permanencia en el poder hasta 2021. Confortado por una mayoría parlamentaria, apoya a Donald Trump afirmando que cualquier intento de diálogo con Pyongyang sería inútil.

Filipinas. El conflicto que estalló en mayo pasado en Marawi (isla meridional de Mindanao) entre el ejército gubernamental y los movimientos islamistas yihadistas dio la excusa a Washington para recordar a Duterte que los acuerdos de defensa entre los dos países estaban en vigor y que Estados Unidos ofrece una ayuda militar irremplazable (y que siguen manteniendo estrechas relaciones con el Estado Mayor filipino). Por otra parte, mientras el enfrentamiento entre Duterte y Obama era frontal, Duterte y Trump pueden ser cómplices y allá se las arreglen las más de 13.000 víctimas de la guerra contra la droga. Estados Unidos reafirmó su presencia en su antigua colonia y el resto de los países de la región es consciente de ello.

Por el momento, China se muestra incapaz de retomar la iniciativa en el tema coreano; sufre la situación. Su influencia sobre el régimen de

Pyongyang es pequeña o nula. Si cae Kim Jo-un, corre el riesgo de que el ejército estadounidense campe en su frontera. Personalidades chinas lanzan señales de alarma a través de los media internacionales: Corea del Sur, dicen, es más importante para el futuro que el norte y Pekín debería negociar con Washington un plan de intervención en caso de que el régimen de Pyongyang entrara en una crisis abierta. Washington puede apoyarse en una sólida red de alianzas interestatales y en bases militares, mientras que Pekín no puede oponerle más que frágiles acuerdos puntuales con Rusia o con países sin peso estratégico.

China conserva una fuerte capacidad de iniciativa internacional en otros ámbitos y en otros lugares. Sin embargo, en el tema coreano está confrontada a dos malas opciones: apostar todo a favor de la resiliencia del régimen de Pyongyang, piense lo que piense sobre su política, o esperar concesiones por parte de EE UU desde una posición de debilidad. Parece que por el momento Pekín no ha encontrado cómo abrir una tercera vía...

Un momento decisivo en la expansión internacional de China

El XIX Congreso del PCCh se reunió en el momento en que se abre una nueva etapa en la expansión mundial de la potencia china; una etapa en la que el éxito está lejos de estar garantizado de antemano.

En el ámbito militar, la dirección china ya ha modificado profundamente la doctrina anterior, rompiendo también en este terreno con el período maoísta. En aquella época, la estrategia era fundamentalmente defensiva y se ponía el acento en el ejército de tierra. El mensaje era: si invadís nuestro país-continente, no lograréis salir de él. Bajo Xi, lógicamente, el acento se pone en el ámbito aeronaval, sin el que no puede existir como gran potencia.

La crisis coreana fuerza a Pekín a una segunda revolución. La capacidad de las baterías de misiles antimisiles THAD instaladas por Estados Unidos en Corea del Sur cubre buena parte del territorio chino y amenaza con neutralizar los misiles nucleares existentes. Hasta el presente, el PCCh pensaba que un número restringido de ojivas era suficiente para garantizar la *disuasión del débil frente al fuerte*. Parece evidente que ya no es el caso. En la lógica de potencia, China debe dotarse de un mayor número de ojivas y de una flota de submarinos estratégicos con capacidad de desplegarse permanentemente en los océanos sin ser detectados, como los que poseen los rusos. Y esto es muy costoso, plantea muchos problemas técnicos e implica una modificación radical en la cadena de mando.

Por otra parte, su primer portaaviones, de fabricación rusa, es viejo y aún se desconoce la capacidad del segundo, construido recientemente en China.

China ha establecido las primeras bases de una presencia militar mundial: construcción de una importante base en Yibuti, acuerdos que

1. EL DESORDEN GLOBAL

permiten a su flota atracar en puertos de numerosos países, sistema de vigilancia hasta en el hemisferio sur (estación de escucha en Patagonia), participación en operaciones multilaterales (contra la piratería por ejemplo), intervenciones para repatriar ciudadanos chinos de países en guerra (Yemen), etc. Por el contrario, jamás ha participado en un conflicto *caliente*; sobre todo, ha evitado meterse en el barrizal sirio-iraquí, aprovechando para cerrar acuerdos económicos con todos los estados significativos de la región. Su cadena de mando, su equipo, su personal, no han pasado la prueba de fuego y sus fuerzas armadas no tienen la experiencia acumulada por las potencias beligerantes (EE UU, Francia, Gran Bretaña, Rusia...).

Por tanto, no se trata solo de reforzar el dispositivo militar chino tal como existe, sino de lograr su modernización y su transformación. Lo mismo ocurre en relación con la expansión económica. El proyecto de nuevas rutas de la seda planteada por Xi Jinping es muy ambicioso; también se le conoce por sus siglas en inglés, OBOR: una franja (*onebelt*): la ruta marítima hacia África y Oriente Medio, y una ruta (*oneroad*): la vía terrestre hacia Asia central y Europa. Nadie conoce aún en qué medida será implantado este proyecto (por el contrario, se puede predecir que será social y ecológicamente destructor).

La expansión económica es inherente a la lógica de potencia, pero en el caso chino también constituye una medida anticrisis frente al endeudamiento y a la sobrecapacidad productiva en el propio país: ofrece mercados a una industria que sobreproduce (construcción, cementeras, acerías...) y trabajo a miles de chinos, ya que la política de Pekín consiste en emplear a trabajadores y trabajadoras chinos en sus empresas internacionales. No obstante se puede dudar de la capacidad de China para evitar de forma duradera el estallido de la crisis que engendra el capitalismo y de que disponga de los recursos para hacerle frente que tuvo en el pasado. Además, muchas de las inversiones chinas, garantizadas por los bancos chinos, se han realizado en países políticamente inestables; sobre todo en África, donde un régimen acorralado puede suscitar convulsiones antichinas para no tener que pagar sus deudas...

Económica y financieramente, China ya está presente en el mundo entero y su influencia se deja sentir en países de todos los continentes. Ahora bien, parecen emerger las condiciones de una nueva crisis financiera internacional, lo que podría hacer fracasar toda la política de Xi Jinping.

No habrá una paz eterna

Globalmente, el apetito de la burocracia no hace más que crecer con el capitalismo. Cada vez acapara una parte mayor de la riqueza producida en China, cuyo desarrollo, en consecuencia, depende cada vez más del endeudamiento; un endeudamiento que conlleva la crisis. Xi refuerza una tendencia regresiva en el seno del poder, una cultura *medieval*

(los privilegios vinculados al *linaje rojo*) y estalinista, que ninguna de las medidas de modernización efectivamente aplicadas parecen poder contrarrestar.

Xi no cuenta con una legitimidad que le permita garantizar una dictadura vital. Como señala Au Loong-Yu en la entrevista citada, no

“Xi no cuenta con una legitimidad que le permita garantizar una dictadura vital”

habrá paz eterna en el seno del PCCh. Por ello Xi ha bloqueado los mecanismos de sucesión. Probablemente, el cambio no se impondrá más que bajo el impacto de una gran crisis. Es sorprendente el contraste entre una población en plena transformación y las cúpulas burocráticas y capitalistas que se repliegan sobre

sí mismas, en un momento en el que el XIX Congreso del PCCh no ha puesto término a la existencia de fuerzas centrífugas en el seno del régimen.

Pierre Rousset forma parte de la dirección de la Cuarta Internacional y es editor de *Europe Solidaire Sans Frontières*